

# Estados Unidos fuera de la CIDH

Por primera vez un candidato estadounidense no logró los votos necesarios para integrar la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. Michael Shifter nos ofrece un lúcido análisis de las razones que llevaron a América Latina a expresar por esta vía su descontento con el vecino del norte.

Michael Shifter

Para nuestra sorpresa, el hecho ha pasado casi desapercibido. Sin embargo, lo que ocurrió en junio en Chile no puede ser más revelador de la creciente irritación y desconfianza que caracterizan las relaciones entre Latinoamérica y los Estados Unidos. En la reunión anual de la Organización de Estados Americanos (OEA), el candidato propuesto por los Estados Unidos para ser miembro de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos no fue escogido en la votación secreta por los gobiernos que integran la OEA.

El resultado nos trae a la memoria lo que sucedió con la Comisión de Derechos Humanos de la ONU el año pasado, dado que para la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA esta será la primera vez desde que se creó, en 1959, en la que no habrá un representante de los Estados Unidos cuando se reúna en el 2004. Esta realidad no solamente ilustra la tensión en las relaciones Estados Unidos-

América Latina; posiblemente tenga también un efecto negativo para la Comisión, y debe ser un motivo de preocupación para aquellos comprometidos con el progreso de los derechos humanos en las Américas.

Por supuesto que los funcionarios norteamericanos no deberían estar tan sorprendidos como parecen estarlo por el rechazo de su candidato Rafael Martínez por los miembros de la OEA. Martínez, hermano de Mel Martínez, miembro del gabinete de Bush, es un abogado cubano americano dedicado a litigar en casos de malas prácticas médicas en Orlando, Florida. Fuera de toda duda, carecía de las credenciales para servir en la más importante y crecientemente respetada institución a cargo de los problemas de derechos humanos en el hemisferio. La nominación de Martínez marcó una preocupante ruptura con la tradición de los Estados Unidos de seleccionar a distinguidos

juristas o a destacados líderes de derechos humanos para ser parte de la Comisión; un estándar que, por lo demás, es cada vez más frecuentemente aplicado para la selección de candidatos de los gobiernos latinoamericanos.

Cualesquiera sean sus méritos en el campo de las malas prácticas médicas, Martínez muy difícilmente podía colocarse al mismo nivel de personas con impecables credenciales, incluyendo al saliente comisionado norteamericano Bob Goldman de la American University o a comisionados cuyo mandato continúa, como Susana Villarán del Perú o Pepe Zalaquett de Chile. (Hay que reconocer que Martínez nunca ha pretendido tener experiencia previa en derechos humanos. Insiste más bien en su capacidad para aprender rápidamente. Con lo saludable que es para una persona reconocer sus limita-

Michael Shifter es vicepresidente del Diálogo Interamericano.

ciones, esta virtud no podía considerarse suficiente para asegurarse un puesto en la Comisión.) La nominación de Martínez olía más bien a clientelismo y nepotismo, precisamente los cargos por lo común levantados contra las formas tradicionales de hacer política en América Latina.

Sin embargo, las cuestionables calificaciones de Martínez explican solo una parte de las razones detrás del voto en contra latinoamericano, y quizá ni siquiera la más importante. De hecho, muchos observadores consideran que incluso a un candidato norteamericano bien calificado (existen, después de todo) no le hubiera ido sustancialmente mejor en una votación secreta.

En la reunión de Chile el clima no fue particularmente favorable para los Estados Unidos. En especial en los últimos años, la acumulación de insensibilidad, arrogancia y mano dura han contribuido a agriar las actitudes de los latinoamericanos hacia los americanos. El problema fundamental no tiene tanto que ver con el desinterés de Estados Unidos hacia Latinoamérica, algo a lo que Latinoamérica está acostumbrada desde hace mucho tiempo, sino más bien con la

sorprendente insensibilidad mostrada por funcionarios norteamericanos en relación, por ejemplo, con el colapso argentino o con el papel que Estados Unidos tuvo en el golpe de abril del 2002 en Venezuela o, finalmente, con las continuas sospechas de involucramiento norteamericano en Colombia.

La cruda demostración de fuerza norteamericana en Irak ocurrida poco antes de la reunión de junio, definitivamente no ayudó mucho a ganarle la buena voluntad de los latinoamericanos. De hecho, la guerra en Irak tocó una fibra muy importante en este hemisferio. Para los latinoamericanos, un mundo unipolar y comportamientos agresivos y unilaterales no son nada nuevo. Más aún: muchos latinoamericanos apoyaron la posición de Chile y México, los dos miembros de la región en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, quienes se opusieron a unirse a la coalición liderada por Estados Unidos. A pesar de la reciente suscripción de un tratado de libre comercio con Chile, Washington no parece perdonar a los gobiernos latinoamericanos que no lo apoyaron. Entre los funcionarios norteamericanos hay un sentimiento de decepción, cuando no de traición.

Sin embargo, no es solamente esta proyección de poder militar lo que ha irritado a los latinoamericanos. Influye también el que los Estados Unidos parecen tener muy poco interés en los asuntos que son de principal preocupación en la región, como la pobreza y las crecientes tensiones sociales. Los Estados Unidos tienen en cambio, en relación con América Latina, una agenda estrecha y altamente selectiva, lo que se refleja, en gran parte, en el énfasis que ponen en el tema de Cuba. Así, en el clima que se vive en la posguerra de Irak, no sería sorprendente que la afirmación del secretario de Estado Collin Powell en su discurso, llamando a las demás naciones a acelerar la "inevitable transición democrática en Cuba", sonara para muchos latinoamericanos como otro llamado para un "cambio de régimen", esta vez en el hemisferio.

Más importante incluso que las diferencias en política entre los Estados Unidos y Latinoamérica son simplemente aquellas en el estilo. Los latinoamericanos perciben una creciente insensibilidad norteamericana hacia ellos, lo que debería asumirse como cierto si nos guiamos por la nominación de Martínez a la Comisión. Un voto secreto en contra del candidato norteamericano es una de las pocas maneras en que los latinoamericanos pueden hacer conocer su frustración y vengarse de los *gringos*.

Lo que pasó en la reunión de la OEA es no solamente ilustrati-

**La nominación de Martínez olía más bien a clientelismo y nepotismo, precisamente los cargos por lo común levantados contra las formas tradicionales de hacer política en América Latina.**

vo sobre el estado de las relaciones interamericanas, sino causa de preocupación sobre lo que puede ocurrir con la propia Comisión. Es útil recordar que durante los muy difíciles y oscuros años setenta y comienzos de los ochenta, cuando Latinoamérica estaba llena de regímenes que rutinariamente asesinaban y torturaban a los opositores de los proyectos autoritarios, la Comisión hizo una enorme contribución para proteger y promover los derechos humanos. Fue el caso destacado, por ejemplo, de su visita a Argentina en 1979, donde recogió información que ayudó a que el mundo fuera consciente de las desapariciones masivas que ocurrían durante el gobierno de la Junta Militar.

La votación en Chile añade una gran dosis de incertidumbre en un momento crítico. Luego de grandes esperanzas de progreso en los noventa, la democracia en América Latina parece estar cada día más en riesgo con una creciente volatilidad en Venezuela, continuidad del conflicto armado en Colombia y signos ominosos en el horizonte para Guatemala, Bolivia y Ecuador. Con la excepción de Cuba, no hay dictaduras en el hemisferio, pero la protección de los derechos de los ciudadanos comunes y corrientes en la región es, por decir lo menos, débil.

Aun cuando es difícil culpar a los gobiernos latinoamericanos por votar en contra de este candidato mediocre, no



*Juan Méndez tampoco alcanzó la votación requerida de los estados, en su caso para continuar como comisionado. Hecho, acá sí, absolutamente injusto y hasta indignante. Privar intencionalmente a la Comisión de alguien con la capacidad profesional, vitalidad y probidad de Juan Méndez es casi una violación de los derechos humanos, que expresa el temor de los estados por el avance de la Comisión —del sistema interamericano en general— en el cumplimiento de su razón de ser: la protección y promoción de los derechos humanos.*

hay nada que celebrar en este rechazo sin precedentes a la propuesta norteamericana. Estados Unidos es un actor indispensable en el Sistema Interamericano, y además financia la mayor parte de las actividades de la Comisión. Sin un norteamericano en ella, los Estados Unidos podrían estar más tentados de mantenerse distantes y menos comprometidos con los trabajos de derechos humanos en la OEA y de responder con menor entusiasmo al creciente número de casos que conciernen a lo que ocurre en los propios Estados Unidos.

Esta tentación, sin embargo, debe contrarrestarse, porque sería en la práctica autodestructiva. Afortunadamente, los Estados Unidos continuarán dando apoyo financiero a la Comisión. Pero los norteamericanos necesitan tratar a América Latina de un modo diferente de como lo han hecho en el pasado. No pueden asumir que los latinoamericanos van a alinearse automáticamente y apoyar a cualquier candidato que ellos propongan o cualquier posición que planteen en el futuro. Todavía no hay indicios de que esta lección elemental haya sido aprendida por los Estados Unidos. ▲